

Obstáculos para una Iglesia itinerante y sinodal

P. MARCELO COLOMBO
ARZOBISPO DE MENDOZA-ARGENTINA



Introducción

Vivimos un tiempo eclesial muy particular, animados a la escucha de todos en el marco del discernimiento comunitario de la voluntad de Dios para su Iglesia. Así resulta de la invitación permanente que nos hace el Papa Francisco a pastores y fieles en una perspectiva de Iglesia sinodal y en salida. Así también deben entenderse los trabajos que se están llevando a cabo en América Latina en relación con la

Asamblea Eclesial. Y, sobre todo, deseo destacar la preparación apenas iniciada en su etapa diocesana, del próximo Sínodo de Obispos de 2023, convocado para reflexionar sobre la sinodalidad en la Iglesia en clave de comunión, participación y misión. Esta invitación del Papa Francisco se revela como una gran oportunidad para expresar la vitalidad del cuerpo eclesial, a partir de la vida y la misión de todos

sus miembros, alentados por el E. Santo.

Esa dimensión constitutiva de la Iglesia que es la sinodalidad, está a la base de la realización de los concilios, los sínodos y también las asambleas y encuentros eclesiales, con solemnidad e intensidad distinta, con expresiones, geografías y temáticas diversas, pero siempre es sinodalidad cuanto nos lleva a una reflexión y discernimiento en común de pastores y fieles animados por el Espíritu Santo.

Si bien no se puede identificar sinodalidad con “democracia”, la naturaleza de los diálogos y consultas que se proponen, así como el espíritu que se quiere asegurar en el discernimiento pastoral en el nivel que fuere (Iglesia universal, Iglesias particulares), se caracterizan por la escucha respetuosa de todos los que participan y la posibilidad también respetuosa de manifestar los disensos. Los consensos alcanzados contribuyen a la formación de la decisión de quien ejerce el servicio de la autoridad en la Iglesia, y toca a su prudente valoración, la elección de los caminos precisos a seguir.

Anotaciones personales al comenzar

En mi experiencia personal, recuerdo con emoción y gratitud mis primeros

años de seminario, cuando se desarrollaban en Quilmes, mi diócesis de origen, las sucesivas sesiones del Primer Sínodo Diocesano (1981-1983), convocado como Sínodo de la Palabra, y entendido como momento fundacional de la diócesis apenas creada en 1976. Lo interesante de este sínodo fue la novedosa incorporación de los laicos, autorizada por la Santa Sede, en la aplicación de las normas sobre el Sínodo diocesano que todavía estaban en estudio en la reforma del Código de Derecho Canónico. Más tarde vendrá un Segundo Sínodo (1993-1994) sobre la familia y en 2001 comenzaría la preparación de un Tercer Sínodo sobre la ministerialidad en la Iglesia particular, interrumpida por el fallecimiento de Mons. Novak.¹

Sobre los primeros sínodos post conciliares en la Argentina, destaco un artículo muy claro del P. Nelson Dellaferrera² que nos ayuda a contextualizar esta experiencia tan rica en la tradición de la Iglesia Latinoamericana, pero de lenta aplicación después del Concilio Vaticano II. Como obispo de La Rioja, recuerdo el impacto de una medida tomada por Mons. Enrique Angelelli de poner “en estado de asamblea”, en 1968, a las distintas instituciones y movimientos diocesanos, para revisarse en relación con la novedad con-

1. En la página oficial de la Diócesis de Quilmes (www.obisquil.org.ar) están disponibles las actas y materiales generales de todos los sínodos invocados.

2. Dellaferrera, Nelson *Los sínodos posconciliares en la Argentina: ¿Una asignatura pendiente?*, Anuario de la Facultad de Derecho Canónico UCA, Vol. VII, p. 81-126

ciliar. Considero que es un antecedente interesante de una propuesta de Iglesia sinodal. Más tarde, promediando los años ochenta y noventa, muchas diócesis desarrollarán interesantes convocatorias diocesanas, en relación con la articulación de las distintas estrategias (Congresos, Asambleas diocesanas, etc.) en vistas a la pastoral de conjunto o pastoral orgánica. Sin adoptar la terminología de sinodal, son expresiones de una voluntad de escucha y discernimiento comunitario y pastoral.

Aspectos que favorecen una Iglesia sinodal e itinerante

En esta dinámica eclesial que vivimos, en este vibrante momento de autoconciencia eclesial, me parece importante destacar aquello que favorece nuestro crecimiento en esta perspectiva sinodal de Iglesia en salida:

a) La verificación de una creciente práctica de la sinodalidad en numerosas iglesias particulares. A nivel continental, debe observarse con atención la organización y animación, todavía en curso de la Asamblea Eclesial Latinoamericana.

b) El estilo de consulta que la Santa Sede han implementado a partir de los Sínodos de la Familia, del Sínodo de los Jóvenes, y del Sínodo sobre la Amazonia. En este estilo de consulta, debo destacar la creciente utilización de los medios de comunicación y las redes sociales que han puesto de mani-

fiesto una amplia participación previa, inclusive de sectores extra-eclesiales.

c) La incidencia del testimonio del Papa Francisco, cuyas enseñanzas y gestualidad coherente, convoca permanentemente a la Iglesia a reflexionar sobre sí misma y su misión entre hombres y pueblos. En tiempos de pandemia esto ha sido elocuente. Las misas de Santa Marta, así como la oración en la Plaza de San Pedro vacía (27-03-2020) expresan este estilo de liderazgo pastoral cercano a todos los que sufren para animarlos en tiempos difíciles.

d) El crecimiento de la participación de los laicos en numerosas experiencias de discernimiento pastoral y misionero a través de equipos, Consejos, y otras iniciativas sinodales.

e) La creciente conciencia de la dignidad de las personas en la Iglesia, en parte a partir de situaciones dolorosas de abusos y la fragilidad de distintas instituciones para cuidar la fragilidad. De alguna forma, la puesta en crisis de la autoridad moral de pastores y responsables de comunidades, ha permitido un diálogo descalzado de las viejas superioridades de antaño.

Obstáculos, los propios y los comunitarios eclesiales

Al abordar más concretamente la cuestión de los obstáculos, quiero manifestar algo que podría sonar una afirmación espiritual obvia, pero que no puede no decirse en una charla

como ésta: Antes de todos los “ísmos” que podamos enunciar, quiero decir que no podemos soslayar el pecado personal como el primero de los obstáculos. Si la Iglesia la componemos hombres y mujeres llamados por Dios, nuestras propias resistencias a su proyecto, nuestras acciones y nuestras omisiones, constituyen un obstáculo para una vida eclesial sinodal e itinerante.

Entiendo que con la palabra “itinerante” los organizadores han querido traducir en un adjetivo, la expresión dinámica del Papa, Iglesia “en salida”. En este caso, además de nuestras incapacidades para la escucha atenta, el diálogo, la confrontación constructiva de pareceres, están también nuestro quedarnos, inmovilizarnos, nuestras decisiones expresas o implícitas de no salir al encuentro de los otros, aquellos que habitan las periferias geográficas y existenciales.

Una Iglesia “en salida”, es también una Iglesia “pobre y para los pobres”, una Iglesia “hospital de campaña”, una Iglesia “casa de los hermanos” presentada en las primeras manifestaciones públicas del Papa, sea en las enseñanzas y en reportajes (años 2013 y 2014) así como en *Evangelii Gaudium* (2013), exhortación apostólica programática del Papa. Esas imágenes iluminan el servicio de la Iglesia a los hombres y mujeres de este tiempo.

No dejan de escucharse resistencias al Sínodo. Hay sectores que ironizan sobre la temática (la misma sinodalidad), presentándola como un trabalen-guas. Muchos de esas personas o sectores eclesiales, en realidad, descreen de la importancia que tiene la sinodalidad en la vida de la Iglesia, como una dimensión constitutiva de ésta. Lo viven como si fuera una reflexión teórica insustancial y destinada a hacernos perder el tiempo. ¡Como si la Iglesia no necesitara reflexionar sobre su ser y su dejarse animar por el E. Santo!

“La sinodalidad expresa la naturaleza de la Iglesia, su forma, su estilo, su misión. Y por eso hablamos de Iglesia sinodal, evitando, sin embargo, considerar que es un título entre otros, una forma de pensar sobre ella que prevé alternativas. No lo digo en base a una opinión teológica, ni siquiera como pensamiento personal, sino siguiendo lo que podemos considerar el primer y más importante “manual” de la eclesiología, que es el libro de los Hechos de los Apóstoles.” (Francisco, Mensaje a los fieles de Roma, setiembre de 2021)

Sobre el valor del encuentro, dice el Papa en la homilía de apertura del Sínodo: *“También nosotros, que comenzamos este camino, estamos llamados a ser expertos en el arte del encuentro. No en organizar eventos o en hacer*

una reflexión teórica de los problemas, sino, ante todo, en tomarnos tiempo para estar con el Señor y favorecer el encuentro entre nosotros. Un tiempo para dar espacio a la oración, a la adoración, esta oración que tanto descuidamos: adorar, dar espacio a la adoración, a lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia; para enfocarnos en el rostro y la palabra del otro, encontrarnos cara a cara, dejarnos alcanzar por las preguntas de las hermanas y los hermanos, ayudarnos para que la diversidad de los carismas, vocaciones y ministerios nos enriquezca. Todo encuentro —lo sabemos— requiere apertura, valentía, disponibilidad para dejarse interpelar por el rostro y la historia del otro. Mientras a menudo preferimos refugiarnos en relaciones formales o usar máscaras de circunstancia, el espíritu clerical y de corte, soy más monsieur l'abbé que padre, el encuentro nos cambia y con frecuencia nos sugiere nuevos caminos que no pensábamos recorrer.” (Francisco, *Homilía en la Misa de Apertura del Sínodo*, 10-10-2021)

Entre los **obstáculos “sistémicos”** deseo destacar el **centralismo** y el **clericalismo**, presentes en las distintas dimensiones de Iglesia. En el centralismo, la toma de decisiones se restringe a un sector por encima del conjunto de las comunidades sin aprecio o efectiva conciencia de las periferias; en el clericalismo, predominan la

actividad y las decisiones del ministro ordenado; inclusive podemos hablar de un “clericalismo” alentado por sectores laicales, quienes por distintas razones establecen una suerte de contrato de adhesión permanente sin opinión ni sana crítica. Todo depende del padre porque “siempre se ha hecho así”.

Sobre el centralismo, son interesantes las palabras del Papa en la apertura del Sínodo de Amazonia, cuando en tono autocrítico describe la actuación homogeneizante y homogeneizadora de la Iglesia, por ejemplo en materia litúrgico-pastoral, cuando no se acogió lo propio de los pueblos visitados por la misión, a través de actuación pastoral de evangelizadores audaces y creativos, contemplativos de la presencia de Dios en esos pueblos. Concretamente citó las experiencias precozmente restringidas de los ritos malabares en India desarrollados por el P. Roberto De Nobili sj (1577-1656) y la inculturación del Evangelio en China llevada a cabo por Mateo Ricci (1552-1610). Al respecto, hablando del método del sínodo, dice el Papa que “*hemos venido a contemplar, comprender y servir al Pueblo de Dios, en perspectiva sinodal*”.

Sobre el clericalismo, dice Francisco en su Carta al Pueblo de Dios del 20 de agosto de 2018 (n. 2,4): *Es imposible imaginar una conversión del accionar eclesial sin la participación activa de*

todos los integrantes del Pueblo de Dios. Es más, cada vez que hemos intentado suplantar, acallar, ignorar, reducir a pequeñas élites al Pueblo de Dios construimos comunidades, planes, acentuaciones teológicas, espiritualidades y estructuras sin raíces, sin memoria, sin rostro, sin cuerpo, en definitiva, sin vida. Esto se manifiesta con claridad en una manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia —tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia— como es el clericalismo, esa actitud que «no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente». El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso, es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo.

Antes, en febrero había dicho a los Obispos de Chile: “Esta falta de conciencia de pertenecer al Pueblo de Dios como servidores, y no como dueños, nos puede llevar a una de las tentaciones que más daño le hacen al dinamismo misionero que estamos llamados a impulsar: el clericalismo, que resulta una caricatura de la vocación

recibida ya que no podemos sostener nuestra vida, nuestra vocación o ministerio sin esta conciencia de ser Pueblo (,,) Digámoslo claro: los laicos no son nuestros peones, ni nuestros empleados. No tienen que repetir como «loros» lo que decimos (...) lejos de impulsar los distintos aportes y propuestas, poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia toda está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos. El clericalismo se olvida de que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios (cf. Lumen gentium, 9-14) y no sólo a unos pocos elegidos e iluminados”.

Entre los obstáculos cabe observar **las resistencias u objeciones naturales que pueden darse inclusive entre quienes tienen a su cargo la organización o la animación de un sínodo, los colaboradores más cercanos.** Refiriéndose a esto, Mons. Novak comparte su experiencia de responder a quienes proponen postergar el sínodo que “no debíamos pensar en postergar, sino en encarar decididamente la ardua empresa eclesial. Recuerdo que les argumenté: “si postergamos la iniciativa por 10 años, nos sentiremos tan impotentes como ahora, pero habremos perdido un tiempo irre recuperable.” (Jorge Novak, *Cómo viví el acontecimiento del Sínodo*, 20-11-1983) El pastor advierte la significación del “kairós” para la celebración de un sínodo.

nodo que lo torna impostergable.

Como con aquella anécdota evangélica del frasco de perfume derramado sobre los pies de Jesús, no faltan cuestionamientos de índole económica, por los gastos que podrían presentarse. Al respecto nos cuenta Mons. Novak que *“parecía gratificante, frente al Evangelio, poder afirmar que la diócesis invertiría buena parte de sus muy escasos recursos en una acción netamente catequizadora y evangelizadora. Parecía ejemplificador asentar, como antecedente memorial, el hecho de emplear el dinero en levantar, no paredes materiales, sino espacios caldeados para el encuentro familiar en la Iglesia diocesana. Parecía necesario tender sobre las tensiones y polarizaciones un puente, no de hierro y cemento, sino de diálogo serio y unificador. Otros interrogantes quedaban planteados con idéntica y aún mayor seriedad: los recursos humanos, la disponibilidad de tiempo, el organigrama, el cronograma.”* Es sugestiva y bien pedagógica la presentación del diálogo sinodal, “serio y unificador” como un puente “sobre tensiones y polarizaciones”. Palabras proféticas en tiempo de grietas multidireccionales en la Humanidad, en las sociedades y también en la Iglesia, desafiada a trabajar fuertemente su perspectiva comunitaria por sobre las diferencias. En una Iglesia sinodal, las tensiones y diferencias son siempre oportunidades para escuchar

la voz de Dios y de los hermanos.

“Recuerdo haber dicho, muy desde los comienzos, a los grupos de trabajo del Sínodo que, según una interpretación, los Concilios solían pasar por tres momentos: el de los hombres que deciden celebrarlos; el del demonio que trata de enredarlos; y el del Espíritu Santo que termina por darles eficacia salvífica. Nuestra historia concreta, en los años del Sínodo, ha traído más de un momento difícil. Pero nunca hemos caído en la impresión de hallarnos ante obstáculos insalvables. Pudimos cumplir con el cronograma trazado previamente, sin dejar de estar bien atentos a la realidad del medio.” Si el Espíritu Santo impulsa la realización de un Sínodo, la confianza que pongan en Él el pastor y sus colaboradores para perseverar en las dificultades es clave. Una de las desconfianzas que se suelen sembrar en los fieles y las comunidades, suele referirse a que estas asambleas y encuentros, tengan posibilidad de “volarse” hacia la abstracción o desviarse hacia temas que no tienen relación con el motivo del discernimiento convocado. Nos dice al respecto Mons. Novak *“Al término de la sesión plenaria de la primavera de 1981 dije en el aula sinodal que me hacía esta pregunta: si el Sínodo aterrizaba suficientemente, o si nos elevábamos excesivamente al firmamento de lo doctrinal o de lo meramente programático. Dios cuidó de que se mantu-*

viera el justo equilibrio entre la sana doctrina del Vaticano II y la realidad palpitante de nuestro pueblo. Podríamos enumerar varios detalles: basta mencionar aquí el hambre a causa de la desocupación masiva; la guerra de las Malvinas; la democratización del país... Como experiencia pastoral, el tratamiento de estos temas a través del Sínodo me ha mostrado la eficacia de una asamblea representativa de la diócesis que encara con criterios evangélicos su misión testimonial y servidora. La Campaña de la Solidaridad es un ejemplo: no sólo permitió la ayuda de emergencia a numerosas familias. También llevó a la comunidad diocesana en general, y a las comunidades parroquiales, más en particular, a tomar debida cuenta del deber primario de atender a los pobres, como lo dejaron establecido los Apóstoles.” (Jorge Novak, *Cómo viví el acontecimiento del Sínodo*, 20-11-1983)

Finalmente, me parece considerar entre los obstáculos, aquellas actitudes que según el Papa Francisco afectan la dinámica sinodal, que se presentan como **riesgos que pueden convertirse en obstáculos**. Así lo expresó en la alocución que tuvo en el momento de reflexión preparatoria al comienzo del Sínodo: el formalismo, el intelectualismo y el inmovilismo.

Con respecto al **formalismo**, el Papa subraya la prevalencia de lo “ex-

terior” del evento sinodal por sobre la realidad del encuentro mismo. *“Un Sínodo se puede reducir a un evento extraordinario, pero de fachada, como si nos quedáramos mirando la hermosa fachada de una iglesia, pero sin entrar nunca. En cambio, el Sínodo es un itinerario de discernimiento espiritual efectivo, que no emprendemos para dar una imagen bonita de nosotros mismos, sino para colaborar mejor con la obra de Dios en la historia. Por tanto, si hablamos de una Iglesia sinodal no podemos contentarnos con la forma, sino que necesitamos la sustancia, los instrumentos y las estructuras que favorezcan el diálogo y la interacción en el Pueblo de Dios, sobre todo entre los sacerdotes y los laicos. ¿Por qué subrayo esto? Porque a veces hay cierto elitismo en el orden presbiteral que lo hace separarse de los laicos; y el sacerdote al final se vuelve el “dueño del cotarro” y no el pastor de toda una Iglesia que sigue hacia adelante. Esto requiere que transformemos ciertas visiones verticalistas, distorsionadas y parciales de la Iglesia, del ministerio presbiteral, del papel de los laicos, de las responsabilidades eclesiales, de los roles de gobierno, entre otras.”*

En cuanto al **intelectualismo**, como actitud, el Papa destaca la construcción de razonamientos sin base en la realidad, con argumentaciones lejanas de lo que está en el interés real de la refle-

xión propuesta a las comunidades. “(…) la abstracción; la realidad va por un lado y nosotros con nuestras reflexiones vamos por otro—, convertir el Sínodo en una especie de grupo de estudio, con intervenciones cultas pero abstractas sobre los problemas de la Iglesia y los males del mundo; una suerte de “hablar por hablar”, donde se actúa de manera superficial y mundana, terminando por caer otra vez en las habituales y estériles clasificaciones ideológicas y partidistas, y alejándose de la realidad del Pueblo santo de Dios y de la vida concreta de las comunidades dispersas por el mundo.”

Con el **inmovilismo**, nada cambia; se busca preservar una imagen o una realidad eclesial pasada, anclados a la falsa seguridad de que eso es la Iglesia. Por eso el “siempre se hizo así” es el tipo de argumento en estos casos. Complementado muchas veces con un “eso ya se intentó y fracasó” cuando alguien quiere proponer algún cambio.

“Es mejor no cambiar, puesto que «siempre se ha hecho así» (Evangelii gaudium, 33) —esta palabra es un veneno en la vida de la Iglesia, “siempre se ha hecho así”—. Quienes se mueven en este horizonte, aun sin darse cuenta, caen en el error de no tomar en serio el tiempo en que vivimos. El riesgo es que al final se adopten soluciones viejas para problemas nuevos; un pedazo de tela nueva, que como resultado provoca una rotura más grande

(cf. Mt 9,16). Por eso, es importante que el camino sinodal lo sea realmente, que sea un proceso continuo; que involucre —en fases diversas y partiendo desde abajo— a las Iglesias locales, en un trabajo apasionado y encarnado, que imprima un estilo de comunión y participación marcado por la misión.”

Palabras al cierre

Más allá de las resistencias y obstáculos que se pongan a una Iglesia sinodal y en salida, la dinámica de este tiempo nos revela lo imprescindible de la consulta y el diálogo, así como la necesaria construcción eclesial, junto al Señor, de espacios y caminos que los aseguren y prolonguen en el tiempo.

No se puede seguir hablando con entusiasmo de “primaveras eclesiales” como excepciones y en cambio, temer como una espada de Damocles, aquellos derroteros fatalistas que nos lleven a “inviernos”, una suerte de “normalidad” eclesial donde predominen la ajenidad de los fieles, el centralismo, el clericalismo y la ausencia de diálogo y discernimiento comunitario de la vida de la Iglesia. Todo esto iría contra el estilo evangélico que Dios confió a su Iglesia; pero, además, la misma realidad ya no lo consentiría.